

¿COMO DISCERNIR LA VOLUNTAD DE DIOS?

I. LA VOLUNTAD DE DIOS

Una de las frases más corrientes entre predicadores y cristianos es que "hay que cumplir la Voluntad de Dios", o que algo "es la Voluntad de Dios". De tanto repetirla, la expresión parece ser entendida. Sin embargo, pienso que es una de las más difíciles expresiones de la Fe.

¿Qué es la voluntad de Dios? ¿Cómo se la conoce? ¿Cómo discernirla sin confusiones? Para toda la Iglesia y los cristianos, esas preguntas son acuciantes. Porque detrás de ellas está el misterio de nuestra santificación. Así dice san Pablo: *la voluntad de Dios es que seáis santos (1 Ts 4,3)*. Así pues, debemos ser santos, cumpliendo la voluntad de Dios. Y entonces vuelven a presentarse los interrogantes mencionados.

1. La Voluntad de Dios en sí misma

Podemos primeramente intentar acercarnos a este misterio buscando la voluntad de Dios en sí misma. Parece que, de modo suficiente, la encontraremos en tres aspectos de la vida íntima de Dios uno y trino: el amor, la libertad y el bien sumos. Si algo puede definir a Dios son precisamente esas realidades, no en cuanto límites, sino en cuanto perfecciones. "Dios es amor" (1 Jn 4,8). Dios vive en la plenitud de la libertad, porque El es el Sumo bien, y no hay en El nada que no sea bien y amor.

2. La Voluntad de Dios para nosotros

Si Dios es así, y lo dice toda la Escritura y el misterio de Cristo, entonces no es difícil saber cuál es la voluntad suya con respecto a la persona humana.

Dios quiere que seamos libres, que vivamos en el amor, que busquemos el bien en todo. *Para esta libertad, nos rescató Cristo (Ga 5,1)*, dice Pablo. Nos hizo libres para que por la libertad nos construyamos como personas. ¡Qué desgraciado uso de la libertad hace el hombre cuando la emplea para su destrucción, pensando que satisface sus deseos insaciables de poder, sensualidad y dinero!

La voluntad de Dios para el hombre es *su libertad*. Es el don por excelencia que nos ha dado. Pero ¡qué lástima que por esa libertad mal usada exista en la his-

toria hasta que concluya, la presencia del misterio de iniquidad! A Dios mismo, si se me permite la expresión, le duele que en el mundo haya caos y crueldad, destrucción y muerte, pues El lo creó para que fuera un "cosmos", es decir, ¡una belleza!

Sin embargo, ¡qué benditos son aquellos que usan su libertad en el sentido del amor auténtico, manifestado para todos en el amor de Cristo entregado por nosotros, martirizado siendo justo e inocente! Es una libertad que obedece y sufre, pero al fin es una libertad que busca el camino de Dios, enseñado en su mismo Hijo.

II. EL DISCERNIMIENTO DE ESA VOLUNTAD DIVINA

Sobre el discernimiento se ha escrito mucho en los últimos tiempos, e incluso hay retiros espirituales exclusivamente dedicados a esto. No entraremos largamente en esta materia. Lo que nos interesa es destacar, como san Pablo a los Efesios, que debemos llenarnos del Espíritu Santo (*Ef* 5,15-20). El discernimiento es un don del Espíritu Santo y un fruto de la caridad de Dios en nuestros corazones. Podemos realizarlo de modo personal o comunitario, pero siempre tendrá como principio el Evangelio y como fin la caridad.

Hay distintos modos de discernimiento. Los principales a mi entender son tres: el que da la oración humilde y confiada; el que proviene del ejercicio de la virtud de la prudencia, con su deliberación, su juicio y su elección; y el que viene de la actitud de desapego interior y exterior, o sea de una pobreza de espíritu llena de libertad espiritual.

Veamos ahora cómo podemos descubrir la voluntad de Dios en los signos visibles y en los acontecimientos.

1. En los signos visibles

No hay temor a equivocarnos cuando cumplimos los mandamientos de Dios (los preceptos morales, universales), los preceptos de la Iglesia, los consejos evangélicos, las inspiraciones de la Gracia, y las normas que corresponden a nuestro estado de vida. En todo eso, es posible discernir una voluntad de Dios, ya que todo eso pertenece a la intención de Dios para satisfacernos. Los santos piensan que el cumplimiento de las cosas pequeñas agrada más a Dios que el de las grandes.

2. En los acontecimientos providenciales

Es un poco más difícil comprender la Voluntad divina cuando se manifiesta en los sucesos con que gobierna el mundo y nuestras vidas. Para no caer en ninguna clase de fatalismo, es preciso mirar todos los acontecimientos a la luz de la Fe, de la gloria que nos ha sido preparada y de la salvación integral de las personas humanas.

Cuando las cosas buenas suceden sin que uno pueda saber el camino que las originó, según san Agustín, vienen de Dios. Así nacieron las Hijas de la Caridad hacia 1617, cuando san Vicente de Paul iba a atender a un enfermo grave que además vivía en la pobreza extrema.

San Bernardo dijo que para aceptar las situaciones de la vida, algunos, los que empiezan la vida espiritual, deben sostenerlas con la paciencia; otros, los adelantados, porque esperan contra toda esperanza, deben asumirlas con santa alegría, y en fin, los que viven íntimamente unidos al querer divino, aceptan y se conforman a la voluntad de Dios con el ardor de la caridad.

Corroboraba las palabras del Santo un recio paisano de nuestras pampas, que contemplando el mal, la enfermedad y la injusticia existentes en el mundo, decía: "Me gusta cumplir la voluntad de Dios porque lo amo y no por interés a su premio". No demasiado lejos de esta sabiduría está la de santa Teresa que poéticamente afirmaba: "No me mueve mi Dios para quererte el cielo que me tienes prometido, ni me mueve el infierno tan temido, para dejar por eso de ofenderte. Tú me mueves, ¡Señor! Muéveme el verte clavado en una cruz y escamecido, muéveme el ver tu cuerpo tan herido, muéveme tus afrentas y tu muerte...".

De todos modos, no es muy agradable que cuando nos vemos en dificultades alguien venga a decirnos en tono amistoso: "¡Animo! Esa es la voluntad de Dios" Dios tolera el mal que nos sucede, pero no lo quiere para nosotros. A toda costa debemos evitar lo que los psicólogos alemanes llamaron "Schadenfreude", o sea, alegría de que el mal lo atravesase otro. Ciertamente es inconsciente, pero conviene hacerlo reflejo para quitar de nuestras vidas algo radicalmente opuesto a lo cristiano.

El pasajero que se salva milagrosamente en un accidente de trenes no quiere que los demás se mueran, pero no puede evitar sentir una sensación de bienestar al saber que fueron otras las víctimas. O bien, el empleado que ve a su colega caer en la intriga que le han tendido y se consuela pensando que a él nunca le pasaría eso. Podría darse un caso peor: pensar que a los demás les pasan las cosas "porque se las merecen", como si Dios tuviera algún motivo secreto para castigar a alguno y a otro no; y como si ese castigo uno lo hubiese preparado de tal modo que es más fácil comprender que el mal le haya "tocado" a los otros. ¡Cuántas veces hemos escuchado de labios de gente de buen pasar, expresar que "esos están así porque no trabajan y son vagos", echando rápidamente la culpa sobre las víctimas y volviéndose a sentir "buenos"!

Desde el punto de vista cristiano, lo anterior es un abuso intolerable, pues al padecimiento que llega, se añade una sentencia que no hubiéramos esperado, y que se recubre con el manto de "la voluntad de Dios".

III. ¿COMO DISCERNIR LA VOLUNTAD DE DIOS EN CADA DIA?

1. En la búsqueda del bien.

El primer criterio para saber cuál es la voluntad de Dios, es querer buscar en todas las acciones lo que es bueno para nosotros y para los demás. Esta búsqueda del bien, superadas todas las tentaciones y todos los escándalos, es lo que plenifica al alma humana. Cada persona se edifica interiormente mediante este querer todo lo bueno, lo honesto y lo justo. Para quienes debemos movernos en medio del mundo, esto significa sortear toda clase de malicia, de intrigas, mentiras, manipulaciones, burlas, y mantenerse firmemente anclados en aquello que es bueno. Esto presupone que la conciencia cristiana ha sido formada con claridad para la acción, mediante la virtud de la prudencia: reflexionar largamente sobre la acción, hacer un juicio sobre su honestidad y moralidad, realizarla sin hesitaciones.

Pero también presupone que, de pronto, alguien pierda su trabajo, que el mejor amigo nos traicione, que se enferme un hijo, que se muera un ser muy querido, que se derrumbe aquella persona tan fuerte, y que todo eso no nos aleje de hacer el bien. La vida no siempre tiene "finales felices" como en las novelas románticas. Habría que preguntarle a santa Rafaela, la fundadora de las Esclavas del Corazón de Jesús, qué tal fueron los veintiocho años en que vivió en la ropería de la casa de Roma, ¡después de que su propia hermana le fabricara una imagen a medida de "loca"! Rafaela eligió mejor: como san Pablo pudo exclamar: *¿Quién está enfermo, que no esté yo, enfermo en él?* (2 Co 11,29).

2. Al bien tiende nuestra libertad

El hombre auténticamente libre tiende a la búsqueda del bien. La libertad humana no es una facultad que pueda definirse por otra cosa que no sea el bien. Si alguien dijera que es libre porque puede elegir entre el bien o el mal, se equivocaría, pues el hecho mismo de elegir el mal ya es la negación de la libertad. La libertad que se inclina para el mal, ha errado su tiro, y se destruye. Sólo el bien hace que la libertad se plenifique.

Es menester enseguida afirmar que para ser libres de verdad necesitamos al Espíritu de Jesús. Sin el Espíritu Santo la libertad humana, queda como sin brújula. Eso no significa que el Espíritu violenta la libertad, sino que la impulsa dulcemente, cuando el hombre quiere, hacia la consecución de ese bien personal y común tan imprescindible para vivir una vida auténticamente humana.

Al Espíritu Santo lo recibimos en el Bautismo, la Confirmación, y luego más adelante en la vida, por el Sacramento de la reconciliación y la Eucaristía. También la oración confiada nos concede su Gracia, y particularmente las obras de misericordia que nos hacen solidarios para el bien de los demás.

El Espíritu Santo permite a nuestra libertad la purificación, la corrección y la identificación con Jesús. Conviene que veamos esto con un poco más de detenimiento.

3. Así nos perfeccionamos en el amor

La libertad humana que en cada cosa tiende hacia el bien se va purificando. Así nos es dado ver a personas transparentes que no necesitan recurrir a ninguna de las mezquindades inventadas por la malicia humana para transitar por la vida. En la libertad purificada cada uno de nosotros descubre la voluntad de Dios, su beneplácito (cfr. *Sal 122, passim*).

Pero, al mismo tiempo, la libertad ordenada hacia el bien, se aparta del deseo desordenado por el placer, por el gusto, por el propio interés y por el egoísmo. La libertad queda corregida en su camino. También aquí en la libertad corregida podemos descubrir el buen querer de Dios.

Pero hay algo todavía más sublime y que nos merece de Jesús el título de hermano, hermana o madre (*Mt 12:50*): es cuando nos identificamos a los sentimientos del Corazón de Cristo Jesús, cuando sentimos con su sentir, cuando aceptamos y asumimos la cruz como El la asumió. Eso significa, en cierto sentido, renunciar a la propia voluntad natural o instintiva, y querer unirse con Dios mediante la voluntad superior o racional. El Padre amorosamente quiere vernos a través del prisma de su Hijo, que aprendió la obediencia con gemidos y dolor (cfr. *Hb 5:7-8*), no porque quiera vernos sufrir, sino porque El es el Dios del pobre, la viuda y el huérfano. Nuestra indignación por el sufrimiento de Jesús (y también por el de cualquier persona humana) es una manifestación visible de la voluntad de Dios, y también lo es nuestra humilde obediencia a la voz de Cristo en nuestros pastores, o superiores (por ejemplo).

De este modo, purificada, corregida e identificada a la de Jesús, la libertad humana queda perfeccionada en una caridad que todo lo aguanta y todo lo perdona: aquí se ve con evidencia la Voluntad del Padre.

Para lograr esto existe sólo un camino: orar, reconciliarse y unirse en la comunión eucarística al Señor Jesús. Este camino nos permite "escuchar" los deseos de Dios y nos concede su Espíritu Santo para vivir abriendo el corazón al mundo.

Secretario Ejecutivo del DEVYM

A.A. 51086
Bogotá (2)
Colombia

Oswaldo D. SANTAGADA